

OTRAS RAZONES

PASIONES

Antonio García Trevijano, compañero columnista y alma de esta sección llamada «Otras Razones», acaba de publicar un libro titulado «Pasiones de servidumbre». Está escrito, como todo lo



de que cambie su régimen político, especialmente si el tránsito no es traumático. Es más: otra de las tesis básicas de Trevijano, la de que la actual Monarquía no es sino una prolongación del franquismo que se ha transforma-

do en una oligarquía de partidos, entraría en colisión con la idea básica señalada. Pues si el sistema político no ha cambiado con la Transición, al haberse producido la mera sucesión de una oligarquía por otra, ¿cómo es posible que el factor político sea el determinante o el más decisivo en la configuración de las actuales «pasiones de servidumbre»? ¿Cómo pueden cambiar éstas cuando la política es continuista? Me temo que es más que probable que Trevijano conteste a mi objeción diciendo que me incluye entre las dos pasiones propias de los intelectuales y que él analiza en las páginas 106 y siguientes: la «pasión de parecer idiota» y la «pasión de parecer ingenuo». Yo le agradecería que tuviera «compasión» y se conformara con incluirme en la última, aunque tengo que confesar que siempre me ha acuciado la sospecha de tener, además, algo de la primera.

Gregorio ROBLES

Si se me pidiera una definición de su género, diría que se trata de un ensayo de psicología social con buenas inyecciones de ciencia política. Trevijano nos ofrece una radiografía psicológica de la sociedad española que surge a partir de la Transición. Su objetivo es desentrañar nuestra biografía colectiva en sus más íntimos resortes. Por eso emplea tanto el término «pasión», una palabra, por otro lado de la que hoy se abusa en el lenguaje corriente. Así, no es infrecuente oír decir, por ejemplo, que alguien tiene la «pasión de la lectura», cuando lo que se quiere decir es que se tiene la «afición» de leer. No es éste, desde luego, el sentido que otorga Trevijano al vocablo, sino que enlaza con su significación más clásica de tendencias o impulsos a los que los humanos nos vemos sometidos. Pero, a diferencia del tratamiento escolástico y también de los filósofos de la Edad Moderna (Hobbes y otros), que pretendieron dar una imagen permanente de los componentes de la naturaleza humana, lo que busca Trevijano, es investigar la expresión concreta del cambio de sentimientos y de costumbres de nuestra época más reciente. Y, al hacerlo, adopta un «enfoque político» (página 7), pues subraya que el «factor político» ha sido el agente determinante de los cambios sociales y psíquicos en el período estudiado. A mí esta tesis me parece exagerada. No puede negarse que el cambio de la atmósfera política influye en la sensibilidad y en las costumbres; pero creo, más bien, que tanto aquella como éstas tienen su raíz en la sociedad misma, y no tanto en la «superestructura» política. Los ingredientes esenciales de una sociedad no cambian de la noche a la mañana por el hecho

de que cambie su régimen político, especialmente si el tránsito no es traumático. Es más: otra de las tesis básicas de Trevijano, la de que la actual Monarquía no es sino una prolongación del franquismo que se ha transforma-

ETA Y EL EJÉRCITO ZAPATISTA

El ministro del Interior ha realizado unas interesantes declaraciones a la revista mexicana «Siempre» en las que habla de la posible relación entre Eta y el Ejército Zapatista. «Nosotros nunca descartamos la relación de Eta con los grupos revolucionarios. Es más, al final siempre hay algún tipo de conexión que se descubre un poco más tarde de lo necesario y de lo debido. Pero siempre, cuando hay un grupo de extrema radicalidad y Eta está próxima, es que hay un tipo de contacto», dijo Jaime Mayor Oreja.

Amigos mexicanos de Juan Bravo comentan que la posible relación de Eta con

EL RETORNO DE LOS SABOYA

El 2 de junio de 1946 se celebró en Italia un referéndum por el que se prescindió de la Monarquía y se optó por la República. El resultado fue muy ajustado. 12.718.641 votos a favor, 10.718.502 en contra



la pérdida de las libertades y de la promulgación de leyes antisemitas, sumió al país en el desastre de la Segunda Guerra Mundial, en una alianza históricamente contra natura con Alemania, dominada, encima, por un tipo como Hitler.

y 1.000.000 nulos, que incluso sumados a los de los perdedores no hubiesen alterado el veredicto. Porque no de otra forma –veredicto– cabe juzgar la repulsa de quienes consideraron que el respaldo de la Institución durante más de dos décadas al régimen fascista de Mussolini –de 1922 a 1943– era incompatible con el resurgir de la democracia en Europa occidental –a excepción de la España de Franco y el Portugal de Salazar–. Se argüirá que la opinión, en esos comicios, estuvo casi igualada, pero en buena doctrina democrática la mayoría más uno es la que decide. Visto con la perspectiva de medio siglo, cabe aventurar una hipótesis sin mayor fundamento científico: es muy posible que quienes votaron a favor de la continuidad de los Saboya tuvieron presente que en 1871 lograron la tardía unidad de Italia, y que quienes lo hicieron en contra dieran un voto de castigo a la colaboración dinástica con una dictadura que consiguió, sí, que los trenes llegasen puntualmente a su destino, pero que, además de

No me atrevería a afirmarlo, pero es muy posible, también, que entre los doce millones y pico de italianos que condenaron a los Saboya por su identificación con el fascismo se contasen muchos ex colaboradores del régimen caído que quisieran hacerse perdonar ante sí mismos el entusiasmo con que a lo largo de veinte años se desgañaron aclamando al llamado *Duce*. Don Juan de Borbón le confesó a Víctor Salmador que a finales de los años cuarenta se acercaron por Estoril *algunos generales a ponerse a mis órdenes cuando Franco les había quitado el mando. Y algunos ministros cuando Franco les había dejado cesantes. Resultaba amargo y hasta sentía vergüenza de ellos. El ser humano es, a veces, una rata miserable y rastrera*. Si las jerarquías de un sistema, aquí o en Italia, actúan de esa forma, imagínese cómo lo harán los jefecillos y los burócratas que han de hacerse perdonar el haber estado agarrados a las ubres del poder, aunque fuesen unas ubres paupérrimas. Sea como sea, los Saboya fueron expulsados de su país sin pena ni gloria. Humberto II ha sido, posiblemente, uno de los reyes más efímeros de toda la historia. Nacido en 1904, hijo de Víctor Manuel III y de Elena de Montenegro, ostentó como heredero de la Corona el título de Príncipe de Piemonte; en 1930 se casó con María José de Bélgica, que no ocultaba sus antipatías por el régimen fascista, y el 5 de junio de 1944, al día siguiente de la liberación de Roma por las tropas aliadas, su padre, que prudentemente se exilió a Alejandría, le confió la lugartenencia general del Reino; tras su abdicación, Humberto II reinó desde el 9 de mayo al 13 de junio de 1946, en que partió de Italia rumbo a Portugal. Pocos meses después, su mujer se residió primero en Suiza, después en México –veinte años en Cuernavaca– y finalmente otra vez en Suiza. Sobre Humberto II y María José un experto en dinastías, Juan Balansó, ha escrito que su unión física había sido un desastre, pues se trataba de *una imposible unión del hielo y el fuego*. Ahora, con motivo del fallecimiento de la ex Reina, el posible retorno de los Saboya a Italia vuelve a ser noticia –una disposición transitoria de la Constitución de 1947 prohíbe que el es Rey, muerto en 1983, o sus herederos varones pisen suelo italiano–. El regreso de los Saboya, si se produce, me parece justo porque los hijos no son responsables de los pecados de sus padres, y si el pueblo italiano decidiese recuperar, democráticamente, la Institución, no habría nada que oponer. Pero hacia 1948 algunos salesianos de Barcelona explicaban que, según una profecía de Don Bosco, su fundador, la Dinastía de los Saboya, como castigo por la anexión de los Estados Pontificios, no sobreviviría en el trono más allá de la cuarta generación. A veces ciertos visionarios, acierten o no, ayudan a no perder las ilusiones.

Juan BRAVO



Rafael BORRÀS